

MUJERCITAS DE HOY

LA ENFERMERA

Por FIDEL ROJO

HE vivido doce días en un hospital. Y digo "he vivido" porque muchos van al hospital para morir, otros para volver a nacer...

Y ni me he muerto, ni he vuelto a nacer, por la sencilla razón de que no habiéndome recluso en calidad de enfermo, sino por circunstancias de familia, no he dejado de sentir un solo instante la voluptuosidad de vivir...

No nos damos cuenta exacta de la alegría de la vida, y de todo cuanto encierra para nosotros, sino estando en inminente peligro de perderla, o bien, inmediatamente después de pasada la crisis y de arrebatar a la muerte, palmo a palmo, suspiro tras suspiro, la vitalidad que instantes o días antes se nos escapaba a chorros.

Vivir, sí, vivir plenamente, tras de morir viéndolo—mil veces más temible que la misma muerte—con el temor constante de la muerte clavado en la imaginación hipertrofiada por la fiebre, es conocer el valor integral de la vida. Y conocer la vida así es amarla.

Ver inflarse gradualmente las carnes, que poco ha se emaciaban enseñando el esqueleto; sentir de nuevo la sangre agolparse en las sienas, precipitarse por las venas y tamborilear la caja torácica, tras de sentir en su lugar la frialdad y el vacío de la fosa, es vivir de verdad.

Por eso, por absurdo y por ilógico que parezca en ningún otro lugar se vive una vida más intensa y más afirmativa que dentro de un hospital; aún el enfermo, que sabe que va a morir; va contando los días y las horas que le restan de vida—como contaría el avaro su tesoro—procurando concentrar y vivir en esos pocos instantes la capacidad vital, que otro más afortunado—¿o diré menos?—quizá tarde en vivir años y años.

A fuerza de ver, con los ojos del miedo y del instinto de la propia conservación, a la Enjuta rondando en cada pasillo, atisbando por cada

puerta, emboscándose debajo de cada cama y asomándose a los ojos de cada paciente; y de oír sus pasos cautelosos y arteros, resbalar de cuarto en cuarto, subir y bajar pisos, y estacionarse con especial delectación en la sala de operaciones—hasta precedidos y pregonados a veces por la campanilla agorera del Viático—he sentido hincármese adentro y en lo más profundo de mis entrañas, como jamás lo he sentido, la enorme, la inenarrable fruición de vivir...

Y quizá, por la fuerza misma del tremendo contraste, junto al velo negro de la Enguadañada, que parecía proyectar su sombra en todas partes, he visto surgir también por todos lados la cofia clara de la enfermera, como una celestial aparición.

Con su uniforme blanco, cubriéndola como un ropaje de nieve de la cabeza a los pies, la he visto deslizarse por corredores y habitaciones, irradiando de toda su persona las tres virtudes teológicas: fe, esperanza y caridad. Fe en la bondad divina, esperanza de la ciencia humana y caridad con el prójimo.

Si hay alguna profesión que más siente a la peculiar idiosincracia femenina, sobre todo a las virtudes tradicionales de la mujer filipina—pacienzuda, hogareña, humilde y laboriosa—esa es sin duda la profesión de *nurse*.

¡Dulce novia blanca de los hospitales y de todos los sitios donde se retuerce impotente la miseria humana, y se arrastra insidiosa la Novia postrera de todos los mortales, yo te bendigo, porque eres la Flor que brota del Erial, la Belleza junto a la Fealdad, la Vida frente a la Muerte...!

CAFIA SPIRINA
EL MEJOR REMEDIO PARA LOS DOLORES